

Magisterio social de la Iglesia y globalización de la economía *

MICHEL CAMDESSUS **

RESUMEN

Los desafíos de la globalización cuestionan los valores básicos de la civilización, pero hallamos en el magisterio social católico un conjunto de valores centrales a los cuales los hombres de buena voluntad se pueden referir para transformar la globalización en oportunidad de progreso para toda la humanidad: (*) un sentido renovado de la responsabilidad para un bien común ahora de dimensión universal; (*) solidaridad para enfrentar la pobreza; (*) subsidiariedad y un sentido nuevo de nuestra ciudadanía mundial para establecer las necesarias estructuras de gobernabilidad mundial.

Palabras clave: *Globalización, responsabilidad, solidaridad, subsidiariedad, ciudadanía mundial.*

Abstract

Globalization challenges the basic values of civilization, but we find in the social teaching of the Catholic church a body of central values to which all human beings can refer themselves to transform globalization into an opportunity for progress for all mankind: a renewed sense of responsibility towards

* Traducción del texto inglés al castellano fue realizada por Edgar Antonio López, del Departamento de Teología, de la Pontificia Universidad Javeriana.

** Tiene títulos en Economía por la Universidad de París, el Instituto de Estudios Políticos de París y la Escuela Nacional de Administración de Francia. Fue Gobernador del Banco de Francia (1984-1987). Director del Fondo Monetario Internacional, FMI (1987-2000). Correo electrónico: lyliane.huot@banque-france.fr

common welfare which has now universal dimensions; solidarity in confronting poverty; subsidiarity and a new sense of our world citizenship in order to establish the necessary structures for world governance.

Key words: Globalization, responsibility, solidarity, subsidiarity, world citizenship.

INTRODUCCIÓN

La globalización está en el centro de un debate mundial que se está haciendo cada vez más intenso y que cobra mayores dimensiones debido a la distancia entre el optimismo de las autoridades, quienes argumentan que sus esfuerzos por adaptar el sistema a las nuevas realidades terminarán haciendo de la globalización una oportunidad para todos, y el rechazo total de esta visión por parte de los numerosos manifestantes en nuestras calles. Más allá de esta contradicción, no se puede ayudar sin reconocer la profundidad del malestar en la opinión pública de una significativa parte del mundo. Muchos sospechan que los problemas que enfrentamos ahora están íntimamente relacionados no tanto con instituciones o procedimientos, sino con los mismos valores sobre los cuales nuestra civilización ha sido construida. Si esto es verdad, al menos en parte, se necesita mucho más que los acostumbrados compromisos de las comunicaciones ministeriales.

En esta abundancia retórica no hay conocimiento de que el tema de la globalización recientemente ha generado nuevas declaraciones, una de las cuales ha sido dirigida al centro del asunto. Vaclav Havel –presidente de la república checa, héroe de la revolución del *Velvet*– dirigió en septiembre pasado un discurso a los ministros de finanzas, directores del banco central y otros banqueros de todo el mundo, con ocasión del Encuentro Anual del Fondo Monetario Internacional, FMI, y el Banco Mundial, BM, en Praga. Allí dijo:

Con frecuencia escuchamos sobre la necesidad de reestructurar las economías de los países en vías de desarrollo o los más pobres y de la manera tan comprometida como las naciones más ricas les están ayudando a lograrlo. Si esto se hace de modo sensible, en el escenario de un conocimiento bien fundamentado sobre el ambiente específico y sus singulares intereses y necesidades, ciertamente es un esfuerzo valioso y muy necesario. Pero juzgo mucho más importante que comencemos también a pensar en otra reestructuración -una reestructuración de todo el sistema de valores que hoy forma la base de nuestra civilización. Esto realmente es un objetivo común para todos. Me atrevería a decir que es de mayor urgencia para aquellos que están mejor en términos materiales...

Sólo hay una pequeña oportunidad para que esto suceda, a menos que todos encontremos en nuestro interior la motivación para cambiar sustancialmente y formular un nuevo orden de valores que, a pesar de nuestra diversidad, podamos acoger y respetar conjuntamente, y a menos que podamos sujetar nuevamente estos valores a algo que se extienda más allá del horizonte de nuestros inmediatos intereses personales o grupales. Pero ¿cómo puede ser alcanzado este nuevo sistema sin un avance significativo en la espiritualidad humana? Y ¿qué puede hacerse concretamente para alentar tal avance?

«¡Un nuevo orden de valores que podamos acoger y respetar conjuntamente!» Pero ¿cuáles valores? Esta fue una pregunta que estuve haciéndome durante mis trece años como director general del FMI, cuando conocí personas de todo el mundo con formación cultural tan diferente, pero todos ocupados en habérselas con la crisis afrontada al final del siglo XX. Estas personas eran líderes de países con problemas inmanejables que describían sus sueños de un resurgimiento siempre esquivo, pero también líderes de países acreedores vacilantes ante el llamado a contribuir con nuevas iniciativas de cooperación. Estas fueron las mismas personas que compartieron la responsabilidad de construir una nueva economía en el contexto de la globalización. Entonces surge la pregunta: ¿Sobre qué valores encontrarían una base común para humanizar este proceso?

Por supuesto que el magisterio social de la Iglesia está a disposición «de todo hombre y de toda mujer de buena voluntad... como un tesoro... que contiene lo viejo -recibido y transmitido desde el mismo principio- y que nos permite interpretar las nuevas cosas en medio de las cuales la vida de la Iglesia y del mundo se desarrolla». ¹ Pero la globalización comporta un cambio tan grande que es legítimo proponer dos preguntas básicas:

- ¿Podemos identificar en el magisterio social católico un conjunto de valores que «todos los hombres y mujeres de buena voluntad» puedan «acoger conjuntamente» para dar sentido a su historia y garantizar así que la globalización ayude a los pobres y no sólo a los ricos y poderosos?
- ¿Acaso estamos frente a nuevas cuestiones ante las cuales sería importante que la Iglesia formulara nuevas orientaciones?

1. JUAN PABLO II, *Centesimus annus*. Roma, 1991, No. 3.

Quisiera, de una manera indudablemente hipotética, arriesgarme aquí a proponer algunas respuestas tentativas.

¿SOBRE QUÉ VALORES DEBE ESTAR BASADA LA GLOBALIZACIÓN?

Algunos valores centrales del magisterio de la Iglesia pueden ser fundamentales en la construcción de alternativas frente a tres de las mayores cuestiones generadas por la globalización:

1. Un sentido global de responsabilidad para afrontar los retos que plantea al manejo de la economía mundial.
2. Solidaridad y un trato preferencial para con los pobres al enfrentar la creciente pobreza y las desigualdades en la distribución del ingreso.
3. Una autoridad pública de competencia universal que trabaje bajo el principio de subsidiariedad para manejar el tema de la gobernabilidad mundial.

Sentido global de responsabilidad

El sentido de la responsabilidad es un aspecto clave de la antropología y de la ética cristianas.² En épocas de cambios históricos decisivos la responsabilidad se reviste de variadas formas cuya importancia resulta central. Como señala Havel, «dado este orden de cosas, sólo tenemos una posibilidad: buscar en nuestro interior y a nuestro alrededor nuevas fuentes de un sentido de responsabilidad para el mundo». La globalización hace necesaria la renovación del sentido humano de responsabilidad, por lo menos en tres aspectos:

- La responsabilidad de cada país –grande o pequeño- por el mundo entero.
- La responsabilidad de la comunidad mundial de proponer un nuevo paradigma de desarrollo con fundamento ético.
- La responsabilidad de todos los actores sociales –y no sólo los gobiernos- de jugar su papel en el curso que tome el mundo.

2. Cfr., *Mater et magistra*, No. 70. Cfr., *Octogesima Adveniens*, No. 46.

Debido a las intrincadas relaciones entre los países en este contexto globalizado, los fenómenos de contagio constituyen un rasgo muy importante en la configuración de la nueva economía mundial. La crisis de Tailandia y la cadena de catástrofes subsiguientes en Corea, Indonesia, Rusia y Brasil, han demostrado claramente que cualquier crisis hoy día, se trate de un país grande o pequeño, puede afectar todo el sistema a través del contagio en los mercados globalizados. Por esta razón la política económica doméstica debe, ahora más que nunca, tomar en cuenta su potencial de impacto mundial. Un deber de responsabilidad universal recae sobre todos. Cada país, grande o pequeño, es responsable por la estabilidad y la calidad del crecimiento mundial. Ningún país puede escapar y todos deben estar completamente conscientes de esto. Así se añade una nueva dimensión al compromiso de excelencia que tiene todo gobierno en el manejo de su economía.

En esta búsqueda de la excelencia, todos los países deben estar comprometidos -y aquí el papel del FMI como supervisor es particularmente importante-, no tanto con la búsqueda del equilibrio de sus cuentas a cualquier costo (por importante que esto sea), sino con el descubrimiento y comprensión de lo que implican sus responsabilidades globales y de cuáles son las consecuencias de la relación de doble sentido establecida entre la integridad del manejo monetario y financiero, por una parte, y la reducción de la pobreza, por la otra.

Como es evidente que la sostenida reducción de la pobreza no puede ser alcanzada sin una política macroeconómica sensata, del mismo modo la política económica no es sostenible si la «eminente inequidad» no es manejada. En la actualidad existe una conciencia creciente sobre el hecho de que extender el trabajo básico de desarrollo participativo para la erradicación de la pobreza puede ser un factor decisivo para la sostenibilidad. El necesario respaldo popular de los esfuerzos por mantener la estabilización y la reforma no puede darse a menos que toda la población, incluidos los más pobres, tenga la oportunidad de participar en la formulación de las políticas adoptadas y, por supuesto, se beneficie de ellas.

Esta relación de doble vía es parte de un emergente paradigma de desarrollo más amplio del cual los valores morales son una parte integral. Paso ahora a enfatizar dos de sus elementos principales.

Primero, una humanización progresiva de los conceptos económicos básicos. Es ampliamente reconocido que los mecanismos del mercado pue-

den experimentar grandes fallas. El mero crecimiento no es suficiente y puede aun estar destruyendo el medio ambiente natural, preciosos bienes sociales, así como valores culturales. Lo que cuenta es el crecimiento sostenible: éste lleva en su núcleo a la persona humana, se basa en continuos esfuerzos por obtener mayor equidad, disminución de la pobreza y mejoramiento de las condiciones de los pobres, promueve la protección del medio ambiente y el respeto por los valores culturales nacionales. Dicho sencillamente, el crecimiento de alta calidad constituye una valiosa empresa.

En un segundo nivel, hemos observado recientemente un prometedora convergencia entre el respeto por los valores éticos y la búsqueda de una mayor eficiencia del mercado. De esta manera ahora es mucho más aceptado que:

- La democracia participativa puede maximizar la efectividad de las economías sólidas.
- Combatir los fraudes, la corrupción y el nepotismo, es necesario para el buen gobierno y la preocupación legítima por las instituciones financieras internacionales.
- El desmantelamiento sistemático del estado no es la manera de responder a los problemas de la economía moderna; en cambio debemos procurar un estado más flexible y aun más efectivo, capaz de dar al sector privado un sistema sólido en el cual el rigor de la ley pueda conducir a un amplio campo de juego.

Todo esto es tan importante como reconocer que el progreso económico depende fuertemente del valor básico de la responsabilidad: que cada actor es responsable por el avance de todos, por la armonía de las relaciones sociales a nivel nacional y por la paz en la esfera internacional. Así, cada país finalmente podrá jugar un papel real y más sobresaliente en la prosperidad de la economía global. Esto está en clara consonancia con las similares recomendaciones del magisterio social católico, pero lejos todavía del desarrollo integral humano por el que debemos seguir luchando. Para alcanzar este desarrollo, todos los actores en todas las sociedades deberán movilizarse.

Al sugerir esta contribución de todos los actores, introduzco el tercer aspecto de la responsabilidad: su carácter universal. La preocupación por la dirección que tome la comunidad internacional ya no es sólo responsabilidad de los gobiernos, sino convoca a otros importantes actores a tomar par-

te: empresas, instituciones financieras y todos los componentes de la sociedad civil, así como uniones de trabajadores, organizaciones no gubernamentales y organizaciones religiosas. Todos pueden jugar un importante papel en los resultados que traiga el nuevo paradigma que emerge para humanizar la globalización. Como es evidente que empresas, bancos e instituciones financieras están involucradas, las finanzas internacionales se han convertido en un asunto casi privado y estas empresas tienen cada vez mayor oportunidad de contribuir a la producción de bienes públicos comunes.

La sociedad civil, por su parte, cada vez hace más suya la dimensión universal de sus responsabilidades. Los últimos cincuenta años han mostrado que los actores sociales pueden y deben ser guardianes y promotores de los valores universales. La globalización no podrá ser humanizada sin su participación activa. Sin embargo, esto implica que las organizaciones no gubernamentales, que lideran muchas iniciativas en este campo, no pierdan de vista lo que siempre ha sido fundamental para sus logros: pacientes esfuerzos no violentos, en completo respeto por la verdad, para ayudar a sensibilizar la opinión pública.

El nuevo paradigma de desarrollo económico, promovido responsablemente, podría ofrecer una singular oportunidad en nuestros tiempos. De ser así, se puede obtener todo el provecho de ella y también de las oportunidades de crecimiento creadas por la revolución en la tecnología de la información y lograr la aniquilación orgánica de la pobreza.

Solidaridad en la reducción de la pobreza

«*La amenaza sistémica última es pobreza*». Estas palabras son de M.A. Gurria, ministro de Finanzas de México. Esta referencia a la salud del sistema hace eco del llamado hecho por el Papa, en el No. 17 de la *Sollicitudo rei socialis*: «O el desarrollo se convierte en un hecho común a todas las partes del mundo, o sufre un proceso de retroceso aun en las zonas marcadas por un constante progreso.»

Cuando se consideran todas las dinámicas que animan a nuestro mundo, la lentitud del progreso en la reducción de la pobreza aparece como totalmente inaceptable. Algunos datos dan una idea de la privación humana. Más de 1.300 millones de individuos viven con menos de un dólar diario; más de 1.400 millones no tienen acceso al agua potable, 900 millones son

analfabetas; 900 millones padecen hambre o desnutrición. Las brechas constantemente crecientes entre los ricos y los pobres en las naciones, así como el abismo entre las naciones más prósperas y las más empobrecidas, son moralmente inaceptables, económicamente devastadores y potencialmente explosivos en lo social.³

Ahora sabemos que no es suficiente agrandar la torta, pues la manera como ésta es distribuida influye de manera significativa en la dinámica de desarrollo. Más aun, si los pobres son dejados sin esperanza, la pobreza socavaría la estructura de nuestras sociedades a través de la confrontación, la violencia y el desorden civil. Si estamos comprometidos con la promoción de la dignidad humana y la paz, no podemos soportar que se ignore la pobreza y los riesgos que tal indiferencia pueda traer para la paz. Todos debemos trabajar juntos para aliviar este sufrimiento humano: tal es el significado de la solidaridad.

La solidaridad es un tema permanente en el magisterio de la Iglesia; no es necesario aquí relacionar sus innumerables pronunciamientos. Pero la solidaridad es también un valor obvio y central *para un mundo que se va unificando, con tal de que la búsqueda* de la paz y la solidaridad vayan de la mano, pues la paz es una condición imprescindible para el progreso económico duradero. Hemos escuchado que el desarrollo es el otro nombre de la paz. ¿Por qué olvidamos la fórmula inversa, según la cual la paz es el otro nombre del desarrollo?

Cuando se considera la trágica situación de una significativa parte de África, donde por lo menos una tercera parte de los países está directa o indirectamente envuelta en conflictos militares, civiles o tribales, ¿cómo podemos abrigar la ilusión de que algún progreso en la condición humana pueda ser alcanzable si idealmente estos conflictos no son llevados a su fin o no se hace, por lo menos, un mayor esfuerzo -mucho más allá de

3. Jim Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, señaló esto en términos muy fuertes durante su discurso en Praga: «Vivimos en un mundo estigmatizado por la inequidad. Algo está mal cuando el 20% más rico de la población global recibe el 80% de los ingresos totales. Algo está mal cuando el 10% de una población recibe la mitad de los ingresos nacionales, como sucede hoy en muchos países. Algo está mal cuando el ingreso promedio de los veinte países más ricos equivale a 37 veces el promedio de los veinte más pobres, una brecha que ha crecido más del doble en los últimos cuarenta años. Algo está mal cuando 1.200 millones de personas todavía viven con menos de un dólar diario y 2.800 millones todavía se ubican por debajo de los dos dólares diarios.»

lo que vemos hoy- para reducir las tensiones y prevenir el surgimiento de otras nuevas?

Cualquier propuesta de este tipo corre el riesgo de encontrarse con el escepticismo, cuando no con el cinismo. Pero como la vida de tantas personas está en juego, aun sin mencionar el mejoramiento de sus condiciones humanas, subrayo aquí sin vacilar las numerosas proposiciones para restringir el comercio de armas y los gastos militares⁴, varios de ellas formuladas por el Pontificio Consejo de Justicia y Paz. Debemos respaldar estas propuestas. ¡Cuántos arados se podrían forjar con esta gran cantidad de espadas!

Si a través de diversas iniciativas de este tipo pueden surgir mejores perspectivas para la paz, entonces pueden aparecer buenas oportunidades para el nuevo paradigma de desarrollo. Pero muchas otras condiciones deben tener lugar para que su proceso sea efectivo.

En este campo los mismos países pobres están a la vanguardia. Muchos de ellos están mostrando lo que se puede hacer cuando el objetivo final es el desarrollo humano.⁵

-
4. Restricción de las ventas de equipo militar a regiones vulnerables, abolición de la exportación de crédito con propósitos militares, acatamiento de la recomendación hecha por el secretario general de la ONU, Kofi Annan, a los países africanos para adoptar niveles máximos de gasto militar que no sobrepasen, y preferiblemente sean más bajos del 1,5% del PIB en África, cooperación en la prohibición del comercio ilegal de materias primas y recursos naturales para financiar el conflicto armado, ampliación del registro de exportaciones militares de la ONU para incluir muchos más países y cobijar armamento liviano y municiones.
 5. Su experiencia sugiere para cada país un proceso con cinco componentes: (1) Estrategias nacionales que hagan de la atenuación de la pobreza la parte central de la política económica, al lado de un renovado énfasis en el rápido crecimiento del sector privado. (2) Sólidas políticas macroeconómicas conducentes a altos niveles de ahorro e inversión eficiente tanto en capital físico como humano. (3) Promoción del libre mercado y de políticas económicas orientadas al exterior: liberación del comercio y del intercambio, reducción del control de precios y subsidios, reforma de empresas públicas y fortalecimiento de los sistemas financieros. (4) Una articulación de leyes, estándares de regulación y códigos que soporten el funcionamiento de los mercados. Todos sintetizados en dos conceptos clave: transparencia y buen gobierno. Estas «reformas de segunda generación» no son conceptos abstractos que puedan aguardar tiempos más propicios, son parte esencial para construir una exitosa economía de mercado. Entre más coincidan con la primera generación de reformas, mejor. (5) Un fuerte componente social: redes de seguridad social bien enfocadas y con costos razonables, un nuevo direccionamiento del gasto público hacia los servicios sociales básicos de educación y salud, así como esfuerzos para brindar mayores oportunidades salariales para los pobres.

Pero si el contenido de un programa es importante, el grado de respaldo nacional cuenta aún más. No es necesario decir que el programa sólo funcionará si el país quiere que funcione: no sólo el gobierno, sino las personas y las organizaciones de la sociedad. En suma, el éxito se funda en la «apropiación» nacional de las políticas, a través de un acercamiento participativo que involucre a la sociedad civil en un diálogo constructivo. Asegurarse de que el país esté conduciendo, él mismo, el proceso, es absolutamente central para el espíritu de lo que las instituciones de Bretton Woods están haciendo ahora. Pero si esto ocurre, el resto del mundo debe estar listo entonces para movilizarse rápidamente con la ayuda necesaria, por lo menos en tres áreas.

- Primero, en el frente comercial, dando la mayor prioridad a permitir un acceso irrestricto al mercado para todas las exportaciones de los países más pobres, inclusive los países pobres fuertemente endeudados (HIPC), de tal forma que estos puedan comenzar a beneficiarse mucho más de la integración al sistema global de comercio.
- Segundo, respaldando políticas que animen el flujo de capital privado, especialmente la directa inversión extranjera que trae sendos beneficios de nuevas transferencias de finanzas y de tecnología.
- Tercero, contribuyendo financieramente. Aquí tocamos un tema que va más allá de la simple y necesaria provisión financiera, por muy importante que ella sea. Este es un tema estrechamente relacionado con la estructura básica de una comunidad mundial unificada: la mutua confianza entre sus miembros que implica dar valor a la palabra dada. Durante la década pasada, hemos sido testigos de dos fenómenos paradójicos. Por un lado, mientras los países más desarrollados han estado acumulando alegremente sus dividendos de la paz, han reducido progresivamente su asistencia oficial para el desarrollo, disminuyéndola sostenida y progresivamente muy por debajo de la meta del 0,70 % del PIB, que todos, excepto los Estados Unidos, habían prometido alcanzar para el 2000. Al mismo tiempo, en una conferencia mundial tras otra, se propusieron junto con los países en desarrollo y los países en transición, a promover objetivos de desarrollo humano cuantificables y alcanzables.

Recuerdo la Declaración de Copenhague, en la que los firmantes prometieron reducir a la mitad el número de personas del planeta que viven en la más extrema pobreza, para el 2015. También recuerdo Río, Jomtien, El

Cairo, Roma y Pekín, donde los países prometieron alcanzar por lo menos otros siete objetivos en los próximos quince años: (1) Reducir a la mitad el número de personas que padecen hambre o malnutrición. (2) Promover la educación primaria para todos. (3) Reducir a dos terceras partes las tasas de mortalidad infantil y a tres cuartos las de mortalidad materna. (4) Proporcionar acceso universal al cuidado y asesoría para la reproducción, a través de los servicios de salud primaria. (5) Invertir la creciente tasa de destrucción del medio ambiente. (6) Eliminar para el 2005 la inequidad entre niños y niñas en el acceso a la educación primaria y secundaria.

Imaginemos por un momento que tales compromisos hubieran sido cumplidos. Qué agigantado paso podría ser éste hacia un mundo mejor, qué agigantado paso sería éste para mejorar la suerte de los más desaventajados entre los pobres: ¡las mujeres y los niños! Pero muchos de los líderes mundiales más altos han estado perdiendo de vista estos compromisos, como yo mismo he podido observar discutiéndolo con ellos. De todas maneras me complace que hayan acordado considerar cada año, con ocasión de la reunión del G7-G8, un detallado reporte institucional dedicado a proporcionar una evaluación del actual progreso hecho hacia la consecución de estas metas y también, si hubiera retrasos, discutir las medidas necesarias para determinar una nueva senda hacia su consecución.

Este es sólo un pequeño paso, pero nos muestra, por encima de todo, cuán frágiles son nuestros compromisos colectivos y lo reducidas que son las posibilidades de que éstos sean alcanzados sin una movilización mundial de la opinión pública, como es el caso de la campaña del Jubileo del 2000. Si se me preguntara cuál debe ser el tema de una nueva campaña, diría sin vacilar que debemos comprometernos a asegurar que los acuerdos que hemos suscrito sean cumplidos.

Debemos hacer de la primera década del nuevo siglo una década de cumplimiento de compromisos pasados. Si permitimos que el cinismo prevalezca en este campo, estaremos abandonando el sueño de progresar hacia una sociedad global más fraterna. Esta es una cuestión de máxima urgencia. Temo que esté por llegar el momento en que se nos diga que considerando el tiempo perdido desde que estos compromisos fueron formulados, los objetivos ya no sean alcanzables. Aún no hemos llegado a este punto, pero la situación es apremiante. Necesitamos un súbito brote de responsabilidad y solidaridad. Realmente el caso es amenazante. La contribución ODA de los

países industrializados está actualmente por debajo del 0,23% de su PIB (en contraste con una meta del 0,70%). ¡Sólo 0,23%! Y algunas veces con superávit en los presupuestos y alto crecimiento! Las oportunidades están allí para ser aprovechadas.

Otras dos iniciativas recién lanzadas también podrían introducir una gran diferencia. Una es la vigorosa implantación de la iniciativa de la reducción de la deuda para los países pobres fuertemente endeudados. Debemos continuar presionando por la rápida adopción de las medidas necesarias para aquellos países interesados en beneficiarse integralmente de ella. Por su parte, los países industrializados deben comprometerse a abrir completamente sus mercados a los productos de los países pobres fuertemente endeudados. Ello merece la mayor prioridad, junto con la provisión de una adecuada financiación para esta iniciativa, pero sin olvidar que la reducción de la deuda de ninguna manera puede ser vista como un sustituto de nuevos flujos financieros.

Debemos también presionar por una vigorosa implantación de la nueva estrategia conjunta del FMI y del BM que conduzca a hacer de la reducción de la pobreza la parte central de su asistencia a los 75 países más pobres.

Asumamos por un momento que los países destinatarios y los países industrializados conjuntamente se toman en serio los compromisos mencionados. Esto podría desencadenar un tipo de «círculo virtuoso» que podría generar un crecimiento adicional mayor que la tendencia habitual, en la medida en que tales esfuerzos se hagan en el contexto de programas orientados al crecimiento de alta calidad. Lo que esto último implica es la adopción de reformas profundas y valientes, incluso medidas para mejorar la eficiencia de las instituciones públicas y los métodos de gobierno.

Uno puede imaginar fácilmente las numerosas sinergias que pudieran resultar de semejante proceso: por ejemplo, entre el gasto social y el crecimiento, la educación y la participación democrática, la educación de niñas y la paternidad responsable. Las oportunidades de alcanzar un mayor nivel de crecimiento nacional aumentarían. Esto también podría generar una sinergia a nivel mundial, dado que una aceleración en el crecimiento de los países en desarrollo puede aportar una poderosa contribución a la prosperidad del mundo. Ésta sería la propia contribución de los países en desarrollo. Ciertamente, ellos también deben trabajar para realizar estos compromisos, dado

que también ellos los han suscrito y, por supuesto, tienen la principal responsabilidad con su propio desarrollo humano.

Tras haber tocado los aspectos claves de la estrategia de reducción de la pobreza, permítanme ahora subrayar que lo sugerido hasta aquí no es nuestra obligación *de generosidad* para con un mundo mucho más pobre que el nuestro, sino nuestra contribución para hacer más fuerte la misma estructura de un mundo que ahora es uno; una estructura cuya solidez depende crucialmente de la eliminación de la guerra, el respeto por los compromisos y el apoyo activo a aquellos que quieren sostenerse sobre sus propios pies *luchando para mejorar la condición humana de sus ciudadanos*.

Dicho esto, y más allá del problema de la pobreza, sólo sabemos muy bien que en el mundo de hoy muchas personas sufren una falta de control sobre su propio destino y temen que no exista una autoridad legítima que se ocupe de los problemas que progresivamente están tomando dimensiones mundiales, tales como las amenazas al medio ambiente, el incremento en el uso de drogas, la expansión de la corrupción, el crimen y el lavado de dinero. Para *dar respuesta a todas estas cuestiones*, así como a la pobreza, no veo ninguna solución satisfactoria si no *nos comprometemos a resolver* el problema de la gobernabilidad del mundo.

Autoridad pública universal y subsidiariedad en el gobierno del mundo

En una declaración profética en los comienzos de los años '60, el papa Juan XXIII hizo un llamado para el establecimiento de una autoridad pública de competencia universal. Tal sugerencia merece ser examinada, aun si las posibilidades de su implantación aparezcan hoy tan remotas como parecían entonces. Coincidiendo con el principio de subsidiariedad, podría ayudar a crear las condiciones institucionales para una mejor protección de la comunidad mundial contra riesgos colectivos de escala global y para obtener una percepción más clara de nuestro destino común.

Lo que está siendo logrado comunmente con los recursos disponibles de la ONU, las instituciones de Bretton Woods y otros foros de cooperación bilateral y multilateral, no es despreciable. Probablemente gracias a estos esfuerzos la crisis asiática y su subsiguiente, no se convirtió en una crisis sistémica mayor. Pero podemos lograr mejores resultados si revisamos la cuestión más amplia del gobierno económico mundial, no con la perspectiva

de establecer alguna clase de gobierno económico, sino con la motivación más moderada de encontrar una respuesta global a insolubles problemas de dimensiones mundiales. De cualquier forma, el reto es formidable. Somos la primera generación de la historia que es confrontada por la necesidad de organizar y manejar el mundo, no desde una posición de poder como la de Alejandro, la de César o la de los aliados al final de la segunda guerra mundial, sino a través de un reconocimiento de las responsabilidades universales de todos los pueblos, de iguales derechos al desarrollo sostenible y de un deber universal de solidaridad y cooperación.

El reto es hallar mecanismos para manejar la economía internacional que a la vez (1) preserven la soberanía de los gobiernos nacionales; (2) colaboren armónicamente con el funcionamiento efectivo de los mercados; (3) aseguren la estabilidad financiera internacional; (4) ofrezcan soluciones a los problemas que trascienden los límites del Estado-nación y a los que estamos respondiendo insatisfactoriamente extendiendo todo el alcance de nuestras instituciones. ¡Un gran orden, efectivamente!

Para comprender esto, sólo necesitamos comparar nuestro mundo con el de 1945. Cada país ha alcanzado ahora soberanía, cada uno quiere asumir completamente su responsabilidad de afrontar los problemas globales y sabemos que la participación efectiva de cada país en el manejo de la «aldea global» es clave para su propio funcionamiento. Además, mientras la globalización ha operado hasta ahora bajo el capricho de fuerzas financieras y tecnológicas más o menos autónomas, ya es tiempo de que todos respaldemos activamente este propósito y así progrese para hacer consistente la unidad mundial y ponerla al servicio de la humanidad.

Se requieren instituciones que puedan facilitar la reflexión común a los más altos niveles, cuando fuere necesario, capaces de asegurar que las estrategias globalizadas se adopten e implanten en el caso de que estos problemas puedan ser manejados efectivamente a nivel global. Los problemas son muchos y muy serios. Sólo quisiera señalar tres de ellos: (1) Ausencia de instituciones apropiadas en nuevos campos de gran importancia global. (2) Falta de coherencia y de justa representación en la toma de decisiones económicas internacionales. (3) Ausencia de responsabilidad política por parte de instituciones internacionales.

Las deficiencias en la efectividad del presente sistema de gobierno mundial son muy claras. Problemas que nos amenazan diariamente no se conocían antes o no tenían la misma dimensión hace cincuenta años, cuando la actual costelación de instituciones multilaterales fue establecida. El ejemplo más notable es el del medio ambiente, hoy un problema de dimensión mundial. No importa qué tan renuentes seamos para aumentar al aparato burocrático de la ONU, es absolutamente claro que el mundo tendrá que enfrentar estas deficiencias, y entre más pronto mejor. Cada vez ocurre una mayor catástrofe ambiental, tenemos presente esta falla, pero nada se está haciendo para corregirla. Junto al medio ambiente, los temas de las tendencias monopólicas mundiales y de los trabajadores inmigrantes justificarían también la creación de entidades autónomas. El costo de la creación de tales entes podría ser compensado en parte por progresos en la eficiencia de otras instituciones.

El segundo tema, la falta de coherencia, fue ejemplificado recientemente en Seattle por los incumplimientos para poner en marcha la ronda de negociación comercial. ¿Dónde está la incoherencia? Por un lado, hubo decisiones de gran envergadura hechas por gobiernos -que forman parte del sistema de instituciones de Bretton Woods- para reducir significativamente la deuda de unos cuarenta países pobres fuertemente endeudados. Por el otro lado, estos mismos gobiernos incumplieron dos meses después -dentro de la estructura de la Organización Mundial de Comercio, OMC- la implantación de una ronda que se dedicaría a eliminar las barreras comerciales que tienen las exportaciones de los países en desarrollo, una precondición clave para cualquier reducción sostenible de la pobreza. El incumplimiento para revivir las conversaciones comerciales puede esterilizar la iniciativa de la deuda que, contrariamente, es de significativas dimensiones.

Esta falta de coherencia exige el establecimiento de una estructura en la que los líderes del más alto nivel político puedan definir estrategias en aquellas cuestiones cuyos multifacéticos aspectos son tratados normalmente por entes que son gobernados por autoridades subordinadas a diferentes departamentos de sus administraciones nacionales con insuficiente coordinación entre ellas. Esta situación hace muy difícil alcanzar soluciones satisfactorias para cuestiones tales como el «capítulo social» en la OMC o el medio ambiente.

El G7-G8, un cuerpo en que China, Indonesia, Brasil, Nigeria, por nombrar algunos, no están representados, ¿tiene la legitimidad para tomar tales decisiones estratégicas? Ciertamente no, pero puede darse un primer paso para mejorar la justicia en la representación de los países. Esto puede consistir en reemplazar la cúpula del G7-G8, por ejemplo, cada dos años, por reuniones de líderes de los países que tienen directores ejecutivos en las juntas directivas del FMI y del BM. En número esto no debería exceder los 24 o 25 a la vez. Dicho cuerpo sería más representativo de la realidad mundial. Contando también con la presencia del secretario general de las Naciones Unidas, de los líderes de las organizaciones de Bretton Woods, de la Organización Internacional del Trabajo, OIT, y de la OMC, este nuevo cuerpo constituiría una clara y fuerte articulación entre las instituciones multinacionales y una representativa agrupación de líderes mundiales con la mayor legitimidad posible. Esta idea ha emergido en varias discusiones con algunas manifestaciones de interés, pero no veo todavía en el G7-G8 alguna señal particular que indique que nos estamos moviendo en esa dirección.

De la misma importancia y urgencia es el asunto de la «responsabilidad política» de las instituciones internacionales. Con mucha frecuencia, éstas son descritas como irresponsables tecnocracias. De hecho, ellas son responsables ante los gobiernos de sus miembros y deben rendirles cuentas. Pero el problema está en que ellas no son percibidas así. De cuando en cuando, algunos gobiernos no encuentran políticamente conveniente respaldar públicamente acciones que están apoyando en aquellas instituciones. *Se les prefiere usar de chivos expiatorios por las difíciles medidas que la situación puede justificar, a pesar de que se sea honesto e importante* que los gobiernos expresen su inequívoco respaldo a la posición tomada en los cuerpos ejecutivos de estas instituciones.

Se han hecho algunos propósitos en este sentido, por lo menos, en el FMI. Lejos de llevar a una indebida politización este apoyo transparente, bajo la mirada del público, debe situar la responsabilidad política exactamente donde ella se ubica. Desgraciadamente, la mayoría de los gobiernos están aún por ser convencidos.

Un gran factor que mantiene la resistencia al cambio radica en el temor de que se *sustituya la soberanía nacional con el poder de instituciones* anónimas y distantes, fuera de todo control democrático. Esto, por supuesto, sería contrario a un principio básico muy caro al magisterio social católico

desde la edad media: el principio de subsidiariedad. Como la carta encíclica *Pacem in terris* claramente afirma:

Es necesario que las relaciones existentes entre la autoridad pública mundial y la autoridad pública de las naciones individuales estén gobernadas por el mismo principio (de subsidiariedad). Esto quiere decir que la autoridad pública mundial debe asumir y resolver problemas de carácter económico, social, político o cultural, que son propuestos por el bien común universal. Ciertamente, debido a las dimensiones, complejidad y urgencia de esos problemas, las autoridades públicas de los estados individuales no se encuentran en posición de asumirlos con alguna esperanza de darles solución definitiva. La autoridad pública mundial no está orientada a limitar el radio de acción de la autoridad pública del estado individual, mucho menos a tomar su lugar. Al contrario, su propósito es crear, sobre una plataforma mundial, un ambiente en el que las autoridades públicas de cada estado, sus ciudadanos y las asociaciones intermedias puedan lograr sus cometidos, cumplir sus deberes y ejercer sus derechos con mayor seguridad.⁶

Como se puede entender fácilmente, la intención del magisterio de la Iglesia al reconocer el principio de subsidiariedad, no es conformarse con alguna clase de sabiduría humana, muy respetable, en cuestiones organizacionales, sino que está formulada de acuerdo con «la manera como Dios actúa en su gobierno del mundo, que evidencia gran respeto por la libertad humana...»⁷ Esto sugiere que entre más vemos la necesidad de consolidar o admitir nuevas responsabilidades de los cuerpos mundiales, más se necesita hacerles saber que su contribución sólo puede ser subsidiaria. Todos deben entender que nada a nivel global puede ser logrado, a menos que haya sido asumido por las opiniones públicas y respaldado por las iniciativas de la serie de instituciones, iniciativas en las cuales las organizaciones no gubernamentales pueden jugar siempre un mayor papel. La ciudadanía responsable a todos los niveles debe ser uno de los valores claves para el siglo XXI.

Infortunadamente, permanece el hecho de que el declarado temor sobre la proliferación institucional del mundo continúe debilitando la voluntad de cambio, y ésta sólo aparezca cuando ocurra una catástrofe mundial -climática o de otro tipo- que las autoridades sean incapaces de manejar dentro de sus gobiernos nacionales.

6. *Pacem in terris*, Nos. 140-141.

7. *Catecismo de la Iglesia Católica* (Nos. 1883; 1885).

Ello exige nuevas iniciativas de mayor alcance, pero de hecho las grandes esperanzas que tenemos para el siglo XXI -ver que el proceso de globalización que está unificando al mundo sirva al desarrollo humano-, sólo se realizarán si la sociedad civil y los forjadores de opinión aceptan conscientemente la responsabilidad de dotar a la opinión pública de una conciencia global. Un nuevo tipo de ciudadanía debe ser creado, no simplemente un cosmopolitismo vago, sino una genuina ciudadanía en todos los niveles de gobierno: local, regional, nacional y global. Sobra decir que el magisterio social católico puede jugar un mayor papel para inspirar y respaldar tal esfuerzo.

*

* *

Un sentido global de responsabilidad y solidaridad, una renovada gobernabilidad del mundo basada en la subsidiariedad y *un sentido de ciudadanía ampliado conforme al horizonte mundial de nuestras responsabilidades*: ¿Pueden ser suficiente estos valores *para que los hombres y las mujeres de buena voluntad trasformen la globalización en una herramienta para el progreso humano?*

Si todos los cambios sugeridos son implantados, respondería positivamente. Al haber sido destinatario del magisterio social de la Iglesia y al haberme beneficiado mucho de él, agradecería sin embargo a la Iglesia que diera al mundo nuevas orientaciones acerca de los asuntos más cruciales de nuestros tiempos.

Un mensaje de esperanza sin duda sería útil. Georges Bernanos dijo una vez: «Los mansos heredarán la tierra porque ellos anunciarán la esperanza a un mundo presa de la desesperación.» Con frecuencia, sin consideración por tantas personas «presa de la desesperación», aquellos que hablan de parte de la Iglesia tienen sobre todo palabras de condena y desprecio *a este mundo en su proceso de globalización*. Lamento esto, pues no veo por qué la Iglesia no aplica a la globalización lo que la *Gaudium et spes* dice de los cambios del mundo durante los años '60: «El espíritu de Dios, que con maravillosa providencia dirige el desenvolvimiento del tiempo y renueva la faz de la tierra, no está ausente de este desarrollo.» De hecho, la Iglesia podría desarrollar su mensaje sobre la globalización por la senda del ponderado juicio de *Ecclesia in America*, No. 20. Sería importante que todas

las personas fueran invitadas a unir esfuerzos para obtener «consecuencias positivas, tales como eficiencia, incremento de la producción y aquello que, con el desarrollo de las articulaciones económicas entre los diferentes países, pueda ayudar a traer mayor unidad entre los pueblos y haga posible un mejor servicio a la familia humana». Confrontada por las ansiedades de tantas personas, la Iglesia está invitada nuevamente a tratar de descifrar los «signos de los tiempos» para ayudarlas, con la asistencia del Espíritu, a encontrar un nuevo sentido para sus vidas y transformar su ansiedad en esperanza.

Un tema que convendría revisar es la eminente dignidad del servicio político que ha sido desacreditado dramáticamente en el mundo como resultado de la creciente corrupción y del comportamiento cínico de los políticos.

Igualmente importante es proporcionar una orientación ética a los líderes de aquellos sectores que han ganado un prominente papel en el mundo globalizado durante las últimas décadas, tales como los medios, las finanzas y las organizaciones no gubernamentales. Con mucha frecuencia algunos de estos líderes se comportan como si gozaran de cierta clase de extraterritorialidad ética, mientras otros están buscando orientación en su esfuerzo por definir apropiadamente los principios deontológicos.

Finalmente, es interesante observar que *Ecclesia in America* explica los efectos negativos de la globalización, no tanto como consecuencias perversas del proceso mismo, sino como resultado de los abusos de la economía de mercado cuando es usada para satisfacer a los poderosos. Esto nos invita a hacer una nueva lectura de la *Sollicitudo rei socialis* y de la *Centesimus annus* donde estas amenazas de la perversión están bien manejadas. No obstante, dos principios del magisterio social católico han sido soslayados :

- La gratuidad como un ingrediente esencial de la estructura nacional e internacional.
- La necesidad de «eliminar la inequidad, o al menos, mantenerla dentro de ciertos límites».⁸

Un pronunciamiento de la Iglesia a propósito de los nuevos aspectos de estos dos principios sería particularmente bienvenido.

8. *Mater et magistra*, Nos. 63, 79, 80.

Estos apuntes dejan sin contestar la pregunta más importante formulada por el presidente Havel: ¿Contamos con lo que requiere la generación de un «nuevo y poderoso avance de la espiritualidad humana»? Sobre esto sólo diré, en otro nivel -si se me permite usar el lenguaje de los economistas- que éste es un dominio en el cual la Iglesia tiene una ventaja comparativa. Arriesgadamente sugiero que la Iglesia formule -en un lenguaje tan sencillo como sea posible- un pronunciamiento sobre lo que está en el corazón de su único mensaje: lo que Cristo mismo nos reveló sobre Dios como Trinidad; la Trinitaria Familia en que todas las familias y sociedades, incluso la familia de las naciones, tienen su origen, su modelo y su sustento básico.

Tal es la base sobre la que la Iglesia, a lo largo del tiempo, ha podido elaborar su magisterio social y ha podido ofrecer a sus seguidores los principios y valores sobre los cuales construir un mundo más fraterno. Esta es la fuente a la que debemos retornar porque, como Jacques Maritain dijo en su discurso durante las Semanas Sociales de Francia, en 1936: «Si llega el día en que presenciemos una civilización universal enraizada en principios comunes básicos y que reconozca el mismo bien común, sin importar las dimensiones de su diferenciación interna, esto será porque la civilización habrá sido sostenida por energías cuya fuente habrá hallado en la gracia de Cristo.»⁹

Trabajemos, pues, para que llegue ese día.

9. MARITAIN, JACQUES, «Conferencia en la XXVIII Semana Social», Versalles, 1936, en *Obras completas*, Tomo VI, pp. 646-647.